

## NUNC EST BIBENDUM

Sentado en mi *tablinium*, a la luz de una lucerna, me dispongo a redactar una crónica para el *Acta Diurna* sobre el convite celebrado *hesterno die* en la *Domus imperial*, que no ha pasado de *incognito* entre la alta y pomposa *societas* romana, pues se trataba de la primera vez que nuestras elevadísimas divinidades se dignaban a mostrarse en un acto público (conflictos mundanos aparte) ante los mortales. La veterana diosa Rea, madre de Júpiter *Optimo Maximo*, celebraba su *millenium anniversarium*, y se dice que sus hijos quisieron obsequiarla con una fiesta sorpresa. Permítanme el inciso, pero esta repentina atención de nuestras elevadísimas hacia nosotros, miserables mortales, se justifica por la reciente reforma por la que está atravesando el *mons* Olimpus, morada de nuestras excelencias. A lo que estábamos, la francachela resultó ser una auténtica “Titanomaquia” consanguínea, en la que salieron viejas rencillas endogámicas del pasado y no tan remotas, oigan. Y como una crónica me manda hacer Violante, ¿o era el *pontifex*?, abordo el pergamino con la encomiable labor de la pluma para relatarles a ustedes, nobles lectores, el dispar cuadro que tuvo lugar en tan regia residencia:

*Hora sexta*: dos hercúleos y bien pertrechados pretorianos me escoltan hasta unas macizas puertas áureas que presiden el comedor imperial. Esta regia estancia, testigo de innumerables *convivia*, alberga en el presente día un festín que congrega a gran parte de las divinidades oficiales de la *res publica*. *Ego ipse*, enviado especial del *Acta Diurna*, ostento la difícil misión de recoger por escrito, *calamus et atramentum* en mano, el desarrollo de la velada. Los pretorianos me conducen a lo largo de una amplísima sala franqueada por soberbias columnas hasta un espacio poblado de confortables *triclinia* que invitan al esparcimiento. Mientras me recuesto en una de ellas, observo cómo desfila ante mí la distinguida comitiva encabezada por Júpiter. El padre de los dioses, embutido en sus mejores galas, abre el selecto grupo de la mano de su anciana madre, objeto de la celebración. Tras él, un colorido surtido de túnicas, armaduras, broches y *ornamenta* celestiales se sucede incesante hasta cerrar la comitiva. Veo que han acudido casi todos: Hera, Ceres, los dos *fratres* de Júpiter, Apolo, Hermes, *etcetera*. Incluso ha venido el apuesto copero, Ganímedes. *Ipsa facto*, según van tomando asiento, me siento todo un privilegiado, puesto que ni el mismísimo *Imperator*, *Pater Patriae* y toda la sarta de apelativos que le siguen, ha tenido el honor de ser convidado. Júpiter coloca a su venerable madre a la cabeza de la mesa, presidiendo el ágape. A ella, como matriarca de la familia olímpica, se le ha asignado un trono labrado en el más refulgente mármol. El resto de los dioses quedan relegados a los *triclinia*. Primer gesto de desagrado entre los concurrentes. Mala señal.

Los sirvientes empiezan a desfilar, llevando sinfín de bandejas y copas y distribuyéndolas, como los ejércitos en *agmen*, a lo largo y ancho de la extensa mesa. Eros, el travieso vástago de Venus que se dedica a ir clavando saetas entre los corazones de unos cuantos desdichados, es mi *adlatere*. Me comenta que últimamente el clima de tensión entre la familia se ha ido relajando, cree que motivado por el pronto retiro de la abuela Rea a su pequeño palacete a los pies del Citerón. Parece que “la abuelita” está dándole vueltas a la *res* de la herencia y *nunc* más que nunca a sus hijos les conviene andar mansos y dejar de lado por un tiempo las disputas. De estas declaraciones deduzco que todo esto no es más que un paripé orquestado por sus hijos

## NUNC EST BIBENDUM

para determinar quién se lleva toda la crematística de la matriarca. “Gracias, Cupidito”- le respondo. El muchacho no sabe la información tan valiosa que me acaba de aportar.

Ataco el entrante, consistente en faisán aderezado con especias de Oriente, mientras presencio cómo Venus se entretiene echando miraditas ladinas a su hermano Marte ante la visión resignada del pobre Vulcano. La diosa lleva ya algún que otro siglo acechando a Marte, y parece que este último la corresponde. Seguramente el miserable Vulcano esté preguntándose cuánto de acertada fue la decisión de su madre de casarlo con Venus, a quien le convenía “un poco de prudencia y mano dura por parte de un esposo responsable”. A medida que transcurren mis cábalas, el coqueteo se vuelve más descarado. Marte ya ha pasado a la fase caricias, pero Vulcano se dispone a hendirle el *cultellus* con el que ha trinchado su faisán en el dorso de su etérea mano. Menudo grito profiere el bueno de Marte, ¿esto no va a quedar impune! Marte le devuelve la jugarreta escupiéndole a la faz un huesecillo de faisán que tenía succionando en la os. Tras la trifulca, Júpiter lanza un rayo para poner fin al enfrentamiento fraternal. Por si no fuera poco, la bellaca de Venus anda más preocupada por el boquete en la mano de Marte que por el cañonazo recibido por su esposo.

*Hora septima.* Al faisán le sigue una nutrida legión de pescados traídos de los más remotos confines del Imperio, acompañados de una popular salsa conocida como *garum*. Todo un manjar. Aplicado en la grata tarea de descamar el salmón, casi paso por alto la interesante conversación que están manteniendo Apolo, Artemisa y la egregia Minerva sobre el sexo de los ángeles. Cuestión peliaguda y abstrusa, vean ustedes. Me aproximo sigilosamente en busca de una respuesta fiable a tan misterioso enigma, pero el siempre vivaracho Baco se me anticipa. El análogo al *homo novus* entre la asamblea olímpica, un Cicerón que ha escalado hasta ocupar un puesto entre el alto consejo, pero privado de la excelencia y la brillantez del distinguido *orator*, interrumpe la charla. Hace rato que ha empezado a escanciar los caldos, y ya en su *enesima* copa da la bienvenida a los efectos de su propio sueño, *id est*, está bastante ebrio. El caso es que arguye que los ángeles no tienen sexo, pues trascienden la *res humanae*, incluso la *divinae*. Su atrevido comentario genera una enconada oposición entre sus medio hermanos, que por el contrario afirman que se equivoca. No alcanzo a escuchar el fin de la conversación, así que hay queda el dilema, pues Júpiter llama a todos los comensales para un brindis por su milenaria *progenitora*. Alzando las copas, estas entrechocan en un estridente *tintín* que colapsa las recias paredes de la estancia. Ahora saben, estimados lectores del *Diurna*, qué desencadenó el pequeño seísmo de ayer.

*Hora nonnae:* después de dar buena cuenta de los siete *fercula*, cerramos el festejo con la *commissatio*. Los efectos del alcohol se han apoderado de los dioses. Hechos de este tipo son los que los igualan al nivel de los mortales. Igual de libidinosos y bebedores. Con las mentes embotadas y dejándose llevar por la euforia colectiva, Baco se encarama a la ceremoniosa *tabula* y conmina a todos a entonar un himno. “*Gaudeamus igitur...*”-el cántico se inaugura con estas joviales palabras. Por un momento, me dejo arrastrar por la ola de desenfreno y casi me uno a ella como un violento torrente de

## NUNC EST BIBENDUM

agua. “Reprímete, insensato. Estás trabajando”-mi flujo de conciencia inhibe mis más bajas pasiones, en una actitud paternalista. Gracias a mi contención, soy recompensado. Para coronar la gala, se desata una pelea fraternal entre los tres dueños del *orbs terrae*: Neptuno, Plutón y Júpiter. Tridente contra rayo. Plutón, ladinamente, se embute en su casco de invisibilidad y aprovecha para confundir a sus dos hermanos. Habiendo derramado las salsas y los mejores vinos que aún quedaban en la *tabula*, vestigios del banquete, la “mansa” camada de Rea se bate por la herencia. Afortunadamente, la matriarca media entre sus tres hijos, zanjando el inminente duelo. Una vez apaciguada la cólera de la triada, anuncia que se retira al Citerón y que de la herencia se olviden, pues no tiene ninguna intención de legar nada. Entonces, el culmen se desata. Las buenas intenciones iniciales se disipan y da comienzo un *totum revolotum*. Los dioses abandonan su altruismo y cada uno vela por sus propios intereses. “¡Ay, *imperium pecuniæ*! Tú, que enfrentas a todo ser codicioso y ávido del *vil metalis*.”-con estas reflexiones, atravesando una ráfaga de los más dispares utensilios de menaje proferidos por los exaltados brazos de nuestras excelencias, me doy a la fuga. Informe visto para sentencia.

Ya ven ustedes que ni los supremos y honorables seres ejercen como tal *de facto*. La reunión resultó ser un completo caos. Parece que nuestros dioses decidieron honrar a su primigenio antepasado, *arjé* de todo lo conocido.

Se despide,

.....

*Octavus dies ante Kalendas Septembris, 79 Anno Domini*

***Los sucesos subsiguientes a este evento han pasado a la posteridad. ¿Quién no ha oído hablar de la erupción del Vesubio en el siglo I d.C.? Hoy en día, este acontecimiento queda muy remoto en el tiempo, pero en la época suscitó gran revuelo. Las víctimas, el famoso escritor y científico Plinius Secundus, más conocido como Plinio “el Viejo”, y unos veinte mil desdichados pompeyanos. Lo que no saben es que los dos amantes hallados en las ruinas de Pompeya también fueron víctimas de la ira de los dioses, caprichosos e inestables engranajes de la rueda de la Fortuna. Aquella que rige los designios del mundo.***

*“Los dioses nos envidian porque cada instante nuestro podría ser el último”*

*“¿Dioses? Solo sé que, si existen, ni se ocupan ni se preocupan de nosotros”*

***“CARPE DIEM. NUNC BIBENDUM EST.”***